

DON JUAN FRANCISCO RIVERA Y LA ACADEMIA TOLEDANA

RAFAEL SANCHO DE SAN ROMÁN
Numerario

Excmo. Sr. Director,
Sres. Académicos,
Sras., Sres.:

El día 6 de diciembre de 1942, esta Real Academia, una Academia mermada y debilitada por la Guerra Civil, celebraba una sesión, ciertamente histórica; en ella, fueron nombrados Académicos de Número don Guillermo Téllez, don Clemente Palencia y don Juan Francisco Rivera Recio; tres personalidades muy diferentes, de talante y ejercicios diversos, pero que se constituirían, cada año a su manera, en tres pilares fundamentales de la cultura toledana, no solo de la posguerra, sino de las últimas décadas.

Hoy nos ocuparemos de don Juan Francisco, y el importante papel desempeñado por el mismo en el seno de esta Academia, a lo largo de casi medio siglo. Había sido propuesto para esta designación, el 12 de noviembre de 1942, con la firma de los ya Numerarios Emilio García Rodríguez, José Gómez Luengo y Enrique Vera, con la conformidad del Censor Julio Pascual y el V^oB^o del Director Pedro Román; todos ellos, figuras venerables de esta Corporación, ya fallecidos. El 6 de junio de 1943 pronunciaba su discurso de ingreso sobre "Baltasar Porreño (1569-1639), historiador de los Arzobispos de Toledo". En él, comenzó, como es habitual en esta primera intervención académica del recipiendario, glosando la memoria de su antecesor en la Medalla n^o XVII; en este caso, el ilustre Arcediano de la Catedral Primada, don Rafael Martínez Vega, también predecesor suyo en la Biblioteca y Archivo catedralicios; curiosamente, el tema de su discurso, también se refería a un manuscrito de la Biblioteca Capitular que el propio don Rafael le había mostrado. Don Juan Francisco en esta ocasión, diría así: "Hoy, cuando trabajo en la Biblioteca y Archivo catedralicios con los mismos instrumentos de que él se sirvió, cuando la Academia se ha dignado nombrarme para

ocupar la sede que él dejó vacante, voy a tomar como tema de mi discurso de ingreso, aquella misma obra, que mi antecesor me señalara un día del mes de septiembre de 1935". En esta primera locución, don Juan Francisco ya manifiesta algo que sería una radical actitud en su larga vida de historiador, dentro y fuera de la Academia, lógicamente; y ello es la fidelidad a los datos concretos, a las fuentes válidas, a la objetividad, al rigor histórico, en suma, anteponiéndolo a cualquier otro tipo de preferencia o consideración. A pocas personas, como a él, podría aplicársele, la célebre frase de un clásico, tantas veces repetida: "soy amigo de Platón, pero más amigo de la verdad". No obstante, como en su largo ejercicio profesional hubo de ocuparse de personajes y acontecimientos muy delicados -y, en ocasiones, también, en tiempos difíciles- lo hizo siempre, con exquisito tacto y prudencia, sin abdicar, por supuesto, jamás, de la verdad histórica. En el caso de la obra de Baltasar Porreño sobre los arzobispos toledanos, se muestra muy crítico; dice así: "La Historia está hecha muy deprisa, a destajo, pudiera decirse... El licenciado Porreño compuso la historia en cuestión sin salir de Huate, su parroquia... nacido a fines del siglo XVI, época de la aparición de los falsarios de la Historia, tuvo la desgracia -a la sazón, endémica- de dejarse influenciar por los documentos apócrifos, aceptados sin crítica en sus escritos, cuyo valor descotizan". Responsabiliza, principalmente, de esta fabulación al jesuita toledano P. Jerónimo Román de la Higuera, al que Porreño conoció como profesor de Filosofía en Alcalá: "Hombre culto, de gran imaginación y de un excesivo amor a su Toledo y a la Iglesia española... su exagerado patriotismo no podía tolerar que en la historia de la egregia ciudad toledana existieran ni sombras ni lagunas". Todo ello se refiere, principalmente, a la primera parte de su episcopologio; las otras dos, le merecen un juicio más benigno. Presidía, por cierto, esta sesión pública y solemne, otro Arzobispo toledano: el Dr. D. Enrique Pla y Deniel. El discurso de contestación fue pronunciado por Don Clemente Palencia, electo el mismo día, pero cuya ceremonia de ingreso se había producido, algo más de dos meses antes. Refiriéndose a don Juan Francisco, dijo: "Desde su infancia conozco su carácter estudioso, su afabilidad y su virtud", llevando a cabo, a continuación un apunte bio-bibliográfico. Tanto en este parlamento, como en la salutación que el Director Pedro Román le dedicó, en la primera Junta Ordinaria a que asistió el 20 de junio de 1943, queda de manifiesto el gran prestigio que como historiador y como

hombre de gran cultura tuvo desde un principio don Juan Francisco en esta ciudad, en especial a su regreso de Roma, en donde había verificado estudios con gran brillantez.

Pero, desde su ingreso en esta Real Academia, su actuación en la misma fue asidua y eficaz, en todos los órdenes, siempre con la altura y dignidad que le caracterizaba. Y así el 7 de enero de 1945 ya se le encomienda el discurso de apertura de curso que versará sobre "El Cardenal Tavera y los maestros de rejas de la Catedral toledana, Céspedes y Villalpando". Se había celebrado recientemente el IV Centenario de la muerte del Cardenal, y aprovecha la ocasión para referirse a uno de los cometidos de esta Real Academia: "Tal recurrencia cronológica no podía pasar inadvertida para la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas que en Toledo procura ir rimando, día tras día, las efemérides más notables de su vida exhuberante, porque también las ciudades tienen su vida y un puesto de honor o de vituperio en la geografía moral del mundo".

Y, precisamente, el tema de la Catedral toledana, será para él motivo de constante preocupación. En el "Boletín" de la Academia, correspondiente a los años 1950 y 1951, comenzará la publicación de los dos primeros capítulos de "La Catedral de Toledo. Museo de Historia"; proyectado en ocho secciones que llegarían hasta el presente siglo, aparecieron solamente las dos primeras: I. "Vestigios de la antigüedad greco-romana" y II. "La época visigótica y mozárabe". En su introducción decía: "Que la Catedral de Toledo es un mundo de historia, de arte, de cultura, resulta ya un tópico añoso, reluciente y bruñado, a fuer de mil veces acariciado. Pero, es un juicio exacto y difícil de sustituir por otro más cabal".

Un importante trabajo publicado en nuestro "Boletín", ya nominado "TOLETVM" por indicación suya fue: "La primera República y los fondos documentales y bibliográficos de la Catedral de Toledo" aparecido, también, por su extensión en tres partes o volúmenes: la I referente a la "Incautación", en 1959; la II que se ocupa de la "Devolución" y III sobre "Lo que falta aún por recuperar", en 1964. En él se muestra como un meticoloso y fiel notario de estos desgraciados sucesos acaecidos en 1869, 1875 y 1878.

Asimismo, en esta Academia tuvo a su cargo tres discursos de contestación a otros tantos beneficiarios: 20 de noviembre de 1946, a don Casimiro Sánchez Aliseda, que disertó sobre "El viaje de dos clérigos toledanos a la Italia del siglo XVIII". Entrañable amigo y compañero de estudios, no puede evitar referirse a la propia

peripecia personal, es decir, al viaje que ambos también hicieron a mediados de octubre de 1932 saliendo de la Estación del Norte de Madrid, en dirección a Lourdes, cruzando el sur de Francia y con destino a Roma, "capital de la Cristiandad".

28 de junio de 1953. A don José Relanzón García-Criado, quien se ocupó de "La espada toledana". En su respuesta don Juan Francisco decía así: "Al escuchar con atención arrebatada el interesante discurso que acabamos de oír sobre la *Espada toledana*, se ha filtrado por entre el ramaje de nuestra sensibilidad un ineludible aire de romanza y unas grandiosas posibilidades para una epopeya que aguarde inspiración valiente y arrebatos de gigante". Curioso texto, que aprovecho para significar, junto con anteriores citas, que don Juan Francisco especialmente en su primera época, y en ciertas ocasiones, adornaba su pluma con galanura literaria; sin embargo con el paso del tiempo su estilo fue cada vez más escueto, más conciso, utilizando las palabras, la expresión justa para decir lo que quería, eso sí, con absoluta claridad.

10 de mayo de 1964. A don Julio Porres Martín-Cleto, que se refirió a "La Desamortización en Toledo". Nuestro actual Director tiene el privilegio de ser el único Académico vivo recibido por don Juan Francisco, quien diría de él: "la Corporación le acoge con los brazos abiertos y al recibirle en este acto de toma de posesión se felicita porque tiene la certeza de haber logrado con su nombramiento una joya de muchos quilates".

Ciertamente, si algún día se escribe la historia de esta Real Academia es evidente que, durante el último medio siglo, una de las figuras absolutamente clave para el conocimiento y la comprensión de este período, deberá ser don Juan Francisco Rivera; su participación en las tareas de la Academia ha sido cuantitativa y cualitativa importante. Ya dijimos que, desde su ingreso, intervino de forma asidua y eficiente en las actividades de la misma; su asistencia a las Juntas ordinarias fue tan perseverante que, en la fecha de su fallecimiento, figuraba a la cabeza del escalafón de asistencias con 441 Sesiones, 4 más que don Clemente que llegó a sumar 437; cifras, sin duda, las más altas alcanzadas en la historia de la Academia. Pero, guarismos aparte, lo que queda claro es que don Juan Francisco asumió siempre sus deberes de Académico Numerario con una ejemplar responsabilidad.

En diciembre de 1956 fallecía trágicamente don Enrique Vera, Secretario de la Academia, haciéndose cargo de la misma, don

Clemente Palencia; con este motivo don Juan Francisco fue nombrado Censor, es decir, el Académico encargado de velar por la puntual observancia de los Estatutos, Reglamentos y acuerdos. Se mantendría en este cargo hasta el 22 de febrero de 1968, en que, tras el fallecimiento de don Julio Pascual, fue designado como Director de la Corporación. Eran tiempos difíciles para la Academia, y uno de los principales problemas era el escaso número de Académicos. El mismo, comentó el temor de poder ser el último de sus Directores y presenciar el fin de la Institución. Pero, no obstante, desde un principio se pudo advertir que su labor iba a ser decidida y fecunda, hasta el punto de poderse afirmar, en el día de hoy, que su Dirección abrió una nueva etapa en la historia de la Academia. Y así, el 14 de marzo de 1968, cuando no había transcurrido un mes aún de su elección, expuso a la Corporación, en Junta Ordinaria, la necesidad de incorporar nuevos Académicos Numerarios, que cubrieran las numerosas vacantes que, con el discurrir de los años, habían ido produciéndose y no habían sido cubiertas; y ello, no sólo para dar cumplimiento a los Estatutos, sino para que los fines y las tareas de la Academia pudieran ser verificadas.

Y así, fueron nombradas casi de inmediato Mercedes Mendoza, Directora del Archivo Histórico Provincial; Julia Méndez, de la Biblioteca Pública; y Matilde Revuelta, del Museo de Santa Cruz. Estas designaciones, tuvieron, además, la relevancia de que por primera vez en la historia de la Academia, tres mujeres ostentarían la Medalla de Académico (o Académica) de Número. Con anterioridad, otras dos mujeres residentes en Toledo, habían recibido el Título de Académicas, si bien Correspondientes: Sor Encarnación Heredero, vicaria del monasterio de Santa Isabel, y D^a Elvira Méndez, Profesora de la llamada Escuela Normal de Magisterio.

Con los citados tres nombramientos, vinieron otros más, tanto para la Sección de Bellas Artes como de Ciencias Históricas: el orfebre Luis Carrillo, el escultor Cecilio Bejar, los pintores Guerrero Malagón y Romero Carrión; el arquitecto Guillermo Santacruz, y el que esto escribe; poco después, Ramón Gonzálvez y José Carlos Gómez-Menor, clérigos historiadores.

En años sucesivos, y siempre dentro de su etapa presidencial, fueron elegidos como Académicos otra decena de Numerarios, más de ochenta Correspondientes de diversas partes de España y del mundo, y cinco Honorarios: los Excmos. Sres. Conrado Blanco, Anastasio Granados, Gratignano Nieto y José Botella Llusía, así

como el Emmo. Sr. Cardenal González Martín, Arzobispo de Toledo.

Don Juan Francisco fue reelegido Director el 13 de enero de 1975, acatando la votación mayoritaria, si bien, en contra de sus deseos de renuncia, por motivos de salud. No obstante, el 6 de diciembre de 1979, a los 37 años justos de su nombramiento como Académico de Número (circunstancia esta que ignoro si él tuvo en cuenta) presentaba su dimisión irrevocable, en una emotiva carta, asimismo, por razones de salud. Dos semanas más tarde, el 20 de diciembre, el Pleno de Academia, a propuesta de Julio Porres, tomó el acuerdo de nombrarle Director Honorario, designación sin precedentes en la historia de la Corporación; igualmente, se decidió por unanimidad, editar un número extraordinario de la revista "TO-LETVM", dedicado en su homenaje. Este libro, aparecido en 1981, de 588 páginas, contiene, entre otras diversas colaboraciones, una "Dedicatoria *Honoris Causa*", de Julio Porres; un trabajo titulado "Génesis y trayectoria de una dedicación", del propio don Juan Francisco; y un estudio de Jaime Colomina sobre "El P. Rivera y la comunidad mozárabe". En ellos se aportan valiosos datos acerca de su vida y obra, tantó académica, como no académica. Pienso que ello me alivia de explicitar muchos testimonios relacionados con su aportación a esta Real Academia, algo que rebasaría con creces el tiempo de que puedo disponer en esta sesión.

No obstante, y al margen de cualquier otra consideración, el conjunto de la vida y de la obra histórica de don Juan Francisco tiene tal importancia y dimensión, que justificaría sobradamente un extenso y prolongado trabajo de investigación; brindo, pues, el tema, a las jóvenes generaciones de historiadores, para la verificación de una amplia tesis doctoral sobre su figura y sus escritos.

El pasado 10 de febrero de 1991, fallecía en Toledo, tras larga enfermedad, soportada con ejemplar entereza, don Juan Francisco Rivera Recio: ilustre eclesiástico, medievalista insigne, prestigioso académico. Al día siguiente, la prensa, al dar la noticia, consignaba que la historia toledana estaba de luto. Nada más cierto. Un río muy caudaloso había entrado en el mar de la eternidad. Pero este luto, era especialmente sentido en varios lugares de Toledo: en la Catedral, enmudecer debieron todas las campanas; y los arzobispos toledanos estremecerse en sus tumbas, ante la partida de quien fue su mejor historiador; y en este salón y mientras la Academia exista, el eco de su palabra sabia y erudita, no desaparecerá jamás.

He dicho